

V edición Premios de relato Pérez-Taybilí



Primer Premio

POST MORTEM por Juan Manuel Sainz

PREÁMBULO

El humo, una lengua maligna y negra, se elevaba y ponía en el cielo de Fuente de Cantalapiedra volutas cargadas de cenizas que se esparcían sobre los tejados de las casas del pueblo a pesar de la distancia. Había voces de «¡agua, agua!», carreras y gritos. A medida que los sanestebeños se acercaban a la enorme morada del vinatero, en el camino de El Molino, se escuchaba más claro el bramido de las llamas que salían por todas partes reventando vidrios y cayendo parte del techo.

Algunos de los que se acercaron a ayudar se retiraron con los ojos enrojecidos por el humo y asqueados por el olor a carne quemada que salía de la propiedad de don Manuel Zuleta y su esposa.

Tras varias horas luchando, el fuego quedó extinguido, dejando la construcción con las vigas renegridas, las ventanas destripadas y las cortinas que ondeaban mutiladas, tan quemadas y tristes como el resto de cosas de aquel hogar apartado de la villa. Todo había quedado mudo salvo el Ebro, cuyo murmullo líquido, ajeno al incendio, canturreaba en su discurrir, sereno y firme. A lo lejos, el tañer de San Miguel Arcángel, terminaba de espesar con sus sonos de bronce la atmósfera colapsada de humazo y cenizas. Después, silencio de capilla.

Fuente de Cantalapiedra. A principios del Siglo XX.

Tres semanas después del incendio.

A pesar de los días transcurridos, cuando Wenceslao y Clemente llegaron a la casa del Camino de El Molino, pasado ya su carromato La Rasa y el cementerio de Pedraja, todavía olía ligeramente a

madera quemada, aunque el viento y la lluvia habían terminado de llevarse los restos de ceniza que habían formado a los pies de la propiedad un tapiz renegrido de favila y tablones hechos trizas.

El único hijo del matrimonio Zuleta y Velasco había contraído unas fiebres, y era muy posible que muriera en muy pocos días, por lo que el señor y su esposa, Magdalena, habían escrito al fotógrafo de Soria pocos días antes del incendio para que pudieran fotografiar al muchacho bien en sus últimas horas o ya difunto.

Cuando entraron en la casa, el aire cargado de la cera derretida salía del corredor proveniente del dormitorio del niño Julián. Se escurría un aroma untoso hasta el recibidor donde el fotógrafo y su ayudante esperaban con su Kodak Brownie y el resto de bártulos propios del oficio.

En la casona había un ir y venir sereno de sirvientes y lo único que se escuchaba era algún taconazo y los sollozos de una mujer, probablemente la madre del crío. Era un llanto templado, asordinado por un pañuelo o por sus propias manos, que evidenciaban el fatal desenlace del pequeño.

Ni el fotógrafo ni su adjunto se inmutaron, pero era verdaderamente espeluznante comprobar que los tres o cuatro empleados de la familia que se dejaron ver tenían en sus cuerpos los devastadores efectos del fuego. La chica que les abrió la puerta presentaba un brazo quemado y la cofia mal disimulando los cabellos chamuscados.

—Soy el señor Wenceslao Espartal, fotógrafo de difuntos. Nos han avisado de esta casa para la fotografía, señorita —dijo el artista extendiendo la esquila que, con fecha del 6 de marzo de 1923, y la dirección del domicilio en el que estaban, les requerían sus servicios.

La empleada apenas prestó atención al papel. Sin decir nada lo tomó y se adentró en el largo corredor que llevaba a las alcobas.

Después de tantos velatorios y tanto difunto, el oído y la vista se habían hecho a los ayes y a las lágrimas. También a los olores que acompañaban a la liturgia de la muerte, de manera que ninguno de los dos era apenas capaz ya de distinguir el aroma de las flores frescas, la lavanda, el romero, o los sahumeros que en algunas ocasiones daban al hogar del finado un viso gris y espeso, aunque el persistente olor a chamusquina se presentaba como un invitado incómodo.

Wenceslao se arrimó despacio a uno de los ventanales del salón. Estaban tintados de humo o rotos, así que el fotógrafo optó por asomarse a una de las ventanas sin cristales y pudo observar la línea irregular de Fuente de Cantalapedra en el horizonte. Observó con ojo fotográfico la panorámica que le ofrecía la cristalera destrozada. Con ayuda de los binoculares que siempre solía llevar encima para localizar paisajes, vio el pueblo como un cuerpo tendido, sin urgencias. Divisó el castillo dominando la villa, la iglesia de San Miguel y el tapiz de los tejados de las casas. Luego siguió con los anteojos el vuelo de una pareja de buitres leonados y después se retiró de ventana.

Clemente Muel, el ayudante del fotógrafo desde hacía tantos años que ni siquiera lo recordaba, permanecía mientras sumido en sus pensamientos, preguntándose si, como en algunas ocasiones, al revelar la fotografía del difunto, la imagen del muerto aparecería solo como una mancha difusa, casi translúcida; una potente fuente de energía, junto a los retratos nítidos de los parientes vivos que se fotografiaban con el muerto. Cuando eso ocurría, la fotografía jamás llegaba a manos de los familiares. Wenceslao mandaba una misiva y explicaba sucintamente que el carrete se había velado y que, lamentándolo mucho, el trabajo encargado se había arruinado y que, por supuesto, no había deuda pendiente.

Como en cada ocasión, los hombres permanecerían en la entrada hasta que alguien les indicara que ya podían pasar a hacer la foto. Wenceslao y Clemente no hablaban con casi nadie en aquellos lugares a donde eran requeridos sus servicios; tampoco entre ellos; no porque el ambiente en el que se movían habitualmente así lo demandara. Eran de natural hombres parcos en palabras, casi siempre vestidos con levita y corbatín negro, y el semblante que nada tenía que ver con una tristeza de pose o actoral: ambos personajes eran así por naturaleza, lo mismo se dedicaran al arte de la fotografía mortuoria o trabajaran, si la vida los hubiese llevado por ese camino, sirviendo cafés en el mejor local de Barcelona o Madrid.

Al poco de llegar, un criado se acercó despacio y les indicó con la manos que podían pasar. Seguidamente, tomaron sus útiles de trabajo y se dejaron guiar por el empleado de la casa a lo largo del interminable corredor que conducía a la habitación del niño Julián.

A medida que se fueron acercando, el olor a flores se intensificó, trabando el aire que se pegaba a las paredes y a la ropa. El humo gris del incienso desdibujaba los cuadros de las paredes requemadas y hacía que las figuras del dormitorio, tocadas por los rayos intensos que entraban por la ventana, se difuminaran como árboles bajo un aguacero.

La alcoba del joven estaba primorosamente decorada, con papel pintado en las paredes, unas baldas rebosantes de juguetes de latón, y un hermoso corcel negro de madera, con una crin castaña de hilos de seda y unas patas en forma de balancín donde el chico habría estado jugando hasta no hacía demasiado tiempo, y que milagrosamente había escapado del voraz apetito de las llamas junto a casi la totalidad de la habitación.

Cuando entraron, los dos hombres se destocaron y permitieron que un criado se llevara sus sombreros. La escena no era muy diferente a otras que el fotógrafo y su ayudante no hubieran vivido en cualquier otro pueblo de España, si bien era aquella casa una morada de gente pudiente, quizá con algún título nobiliario, y salpicada por los efectos del fuego.

La madre, sentada junto a la cama, tenía las secuelas del incendio en el pelo y una pierna. Tomaba la mano del niño Julián, y su padre de pie, las manos a la espalda, con la mirada clavada en las baldosas del suelo, apenas podía mover los dedos dañados por el incendio.

—Señora, ¿está el niño vestido ya para la fotografía? —dijo Wenceslao en voz baja mientras terminaba de ajustar la cámara al trípode que su adjunto había montado previamente.

El muchacho estaba tapado por la sábana hasta el cuello, y lo único que podía distinguirse era el rostro exangüe, los párpados extrañamente abiertos, como si viviera. La boca, anémica, seca y semi cerrada, dejaba ver una hilera de pequeños dientes, como si el joven estuviera a punto de decir algo.

—Pueden destapararlo si lo consideran oportuno —dijo el fotógrafo—: ¿les parece adecuado que lo pongan sentado, sobre caballo, y cada uno de ustedes se coloquen a un lado del juguete para que el chico pueda salir bien en la fotografía? Es... Es importante que ninguno de ustedes se mueva. La exposición es larga y si se mueven la imagen se echará a perder. ¿Me comprenden?

Los padres del joven Julián asintieron en silencio.

El Rivero anunció el mediodía y al poco respondió San Miguel, como un eco ahogado.

—Nosotros —intervino Clemente, el ayudante, cuando cesaron las campanadas— les podemos ayudar a colocar al niño, pero si ustedes pueden hacerlo solos, preferimos que sean sus familiares

quienes se ocupen de esa tarea. También tengo entendido que querían la foto con el personal del servicio.

El padre salió al umbral del pasillo y dio unas palmadas avisando a los empleados que estaban en la casa. Luego se agachó y tomó al joven en brazos sin el menor esfuerzo. Parecía un gorrión sin vida; el cuello laxo, un brazo y las piernas al vaivén de los delicados pasos del hombre camino del caballo de cartón piedra.

Tres mujeres y un hombre ataviados con su ropa de trabajo se acercaron a la alcoba de Julián.

Casi todos ellos heridos por el incendio, con quemaduras que solo al verlas ya dolían.

De tal modo, quedaron el fotógrafo y su adjunto, los padres del niño Julián; el chico vestido con un trajecito de chaqueta de paño oscuro, camisa blanca y un corbatín alrededor del cuello almidonado de la prenda, y los cuatro miembros del servicio, justo detrás.

—Debe usted, señor —dijo Wenceslao— pasar un brazo por la espalda de su hijo. Usted, señora, ponga su mano en el pecho del crío de manera que entre ambos quede sujeto. Si puede ser, que alguno de los dos arrime el hombro a su cabecita para que no quede excesivamente ladeada y sea natural. El resto, por favor, que se quede justo detrás. No se muevan durante la toma o saldrá movida— recalcó.

Silencio de camposanto. Apenas se oía algún relincho proveniente de las cuadras cercanas y el precioso gorgojeo de las alondras entre los carrizos del río.

El fotógrafo encuadró la imagen durante un rato, y cuando ya estuvo completamente seguro de que era la fotografía que quería conseguir, apretó el disparador y dejó que la lente tomara la imagen cruzando los dedos porque ni el servicio ni los padres se movieran, y al joven Julián no se le soltaran las manos atadas con delicadeza a las riendas.

Después de unos segundos que parecieron horas, Wenceslao asintió muy levemente y Clemente dijo que podían devolver al crío al lecho.

La madre pareció echarse a llorar. Pero no fue un llanto de hipidos y lamentos. Solo un brillo agotado en los ojos y dos lágrimas corriendo a la par por sus mejillas blancas como la harina.

Wenceslao no admitía nunca el pago antes de entregar el trabajo por los motivos anteriormente explicados, de manera que quedó con los padres del chiquillo en pasarse cuando transcurriera una semana y pudieran ajustar las cuentas con algo de serenidad. Luego el fotógrafo y su adjunto comenzaron a recoger el material y se despidieron en silencio después de dar el pésame al matrimonio y su lamento por el incendio que había asolado la casa.

EPÍLOGO

El único sonido de la sala de revelado era el cadencioso burbujeo del líquido revelador y el respirar asmático y trabado de Wenceslao. Una luz macilenta, de un rojizo triste, daba suficiente claridad al laboratorio donde maniobraba el fotógrafo y su ayudante.

—Tengo la corazonada —susurró Clemente— de que este trabajo no vamos a poder entregarlo.

El fotógrafo, inmerso en la tarea de revelar el negativo, no contestó. Luego del proceso de fijación tomó el papel y lo sumergió. Poco antes de que saliera cualquier imagen, Wenceslao se detuvo.

Luego prosiguió y esperó junto a su colaborador a que la imagen saliera sobre en el papel fotográfico.

—Pues va usted a llevar razón, mi querido amigo —dijo el fotógrafo con aire funesto—: no vamos a poder entregar este trabajo.

Clemente no fue en absoluto capaz de articular palabra: en el papel que Wenceslao acababa de sacar del líquido, no salió borrosa o traslucida la imagen del niño Julián. En el positivo solo podía verse con toda nitidez el caballo de cartón, la cama deshecha y los muebles del dormitorio y la ventana desde donde se veía todo Fuente de Cantalapiedra. Pero muy degradado, casi invisible, solo se adivinaban los espacios donde deberían de estar los padres del joven, el de Julián y los cuatro empleados del servicio. Siete manchas sin apenas forma, donde solo los ojos se apreciaban con cierta facilidad. Miradas extrañas que parecían traspasar el papel y clavarse en los dos hombres que un día antes se habían movido entre los espectros.

Segundo premio

LO QUE NUNCA SIRVIÓ DE NADA

por **Álex Reyes**

A final del verano, mi madre concluyó que su matrimonio no tendría futuro. Fue entonces que decidió mudarse a mi casa, convencida de que era lo mejor que podía hacer por ella. Estaba rota como un vaso y sus pedazos la herían a sí misma. Dejarla sola equivalía a desterrarla del mundo. Desde entonces, mi padre adquirió la costumbre de llamar todas las noches. Tenía la manía de andarse por las ramas, de preguntar por cosas que no le interesaban en absoluto y que no le importarían nunca, para colgar no sin antes preguntar cómo la pasaba ella. Pero todo iba cambiar aquel viernes en que rompió a llorar en la línea.

—¿Está bien el loro? —preguntó él, a una hora en la que mi madre dormía—. ¿Lo está cuidando bien Bárbara?

Crucé de la sala a la habitación de mi madre. La ventana del balcón seguía abierta, el viento sacudía las calas. Entré en silencio, pensando en la dificultad que tenía mi madre para conciliar el sueño, y descubrí la jaula del loro. Mamá tenía la costumbre de colgarle una sábana encima. «De otro modo es difícil que duerman, Paula». Debajo de aquella sábana, el ave estaba sobre el suelo, erguida y recargada en los barrotes. Inclina la cabeza con lentitud, como si tuviese una piedra atada al cuello.

—Está bien —le respondí, con incredulidad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito que veas algo, Paula —dijo él—. Te espero mañana, a la hora de la comida.

Al día siguiente, mamá no salió de su habitación hasta entrado el mediodía. En un primer atisbo, el más nítido, mi madre lucía más delgada. La palidez de su rostro le había bajado ya al resto del cuerpo. Se movía con lentitud, inclinando de arriba abajo la cabeza, como hacen las palomas mientras caminan. Hacía días que comía menos y que había dejado de afeitarse.

—Voy a tardar un poco —le dije. Mi madre se sujetó el cabello y empezó a girarlo con el índice.

—¿Vas a verlo? —preguntó después. Su voz era áspera y sonaba incómoda. Bajó el dedo a la altura de su pecho y lo observó con atención. Con el movimiento había arrastrado hebras y hebras de cabello. Adoptó esa costumbre desde que llegó a casa. Pasaba las tardes frente a la ventana junto al loro, y tiraba del cabello durante horas. Luego lo escondía debajo de la almohada o lo arrojaba directamente al desagüe.

—Sí, voy a verlo. Y no lo hagas más —le dije, señalando su dedo.

Mi madre me miró con desprecio, cruzó la cocina y sacó de uno de los cajones el alimento del loro. Luego, mientras yo me ajustaba el bolso al hombro, ella dijo:

—¿Puedes comprar un paquete distinto? Este le tumba las plumas.

—Seguro —le dije—. Yo me encargo. Antes de que saliese, mi madre me atajó.

—No hables de mí con él, Paula —dijo ella—. Ahórrale el dolor que no le puedo ahorrar yo.

Por un momento pensé que mentía, que necesitaba de una forma casi imperiosa que él supiera que podía sobrevivir a su ausencia. Luego entendí que todos sus esfuerzos estaban concentrados en mantener a raya el pasado.

Mi padre abrió la puerta. Llevaba una camisa de mangas largas y guantes negros. Hacía semanas que ya no salía de la casa. Semanas en que vivía recluido, encerrado en un silencio de piedra.

—¿Ha empeorado? —pregunté yo mirándole los brazos.

—Ha empeorado —respondió él. Luego dijo—: Pasa, Paula, la he movido a la sala.

Mi padre se refería a la jaula. La había colocado en la mesa de centro, en una posición en la que la luz del sol le llovía encima. La lora estaba tirada en la lámina con el pico abierto. Incliné la cabeza y la pegó al pecho. Comenzó a arrancarse las plumas con tal fuerza que me dio la impresión de que aquello, en lugar de sentarle mal, le producía exactamente todo lo contrario. Para entonces tenía la mitad del cuerpo desplumado y rodeado de heridas. De las patas le bajaban hilos de sangre.

—¿Desde cuándo hace esto? —le pregunté.

—Desde que tu madre se llevó al macho.

Nos sentamos en el sofá hasta entrada la tarde.

Mi padre no dejaba de tocarse los brazos y a cada tanto los ocultaba detrás de la espalda. Le pregunté si era siempre así, si cada que venía alguien asumía la tarea de renunciar a mostrarse tal y como era ahora. «Nadie viene, Paula», dijo él, «nadie viene». Hacía meses que mi madre había renunciado a su matrimonio por la misma razón que lo había elegido.

Eligió amarlo porque era lo único que la vida no le había negado. Quedarse con él, ahora, mientras mi padre se encaminaba a su fin, significaba para ella enterrar los antiguos recuerdos, cambiarlos por un nuevo presente, por algo que no era equiparable a lo que la vida le había dado con anterioridad.

Mientras mi padre se apuraba a contarme lo que sucedía con la lora, esta se sacudió. Gritó con tal intensidad que a cualquiera le habría parecido que la estaban despiezando viva. Aleteó contra los barrotes y se golpeó el pico contra ellos, luego cayó al suelo, aturdida, y remontó el vuelo en repetidas ocasiones, buscando la forma de azotar su cuerpo contra el palo en el que dormía.

—¿Qué te ha dicho el veterinario? —le dije, preocupada.

—Es la manera en que asume la separación.

—¡Pero se está matando!

—Lo está haciendo, Paula, lo sé, pero no hay nada más que podamos hacer.

—¿Para qué me llamaste entonces?

—Para contarte también esto.

Mi padre se paró del sofá y sacó del librero un sobre. Me contó que desde hacía una semana el médico le había comunicado que la enfermedad se había expandido a los huesos. También que él ya no estaba dispuesto a seguir en esas condiciones. De modo que iba a abandonar el tratamiento, consciente de que su situación empeoraría en buena medida, necesitaba entregarle la lora a mi madre.

—Morirá si no —dijo él.

—No creo que le venga bien esto.

—Yo sé que no, Paula. Yo sé que no.

Acordé con mi padre que hablaría con ella. Antes de despedirme, miré nuevamente a la lora. Tenía una mancha de sangre en el pecho que se extendía disforme a la altura del cuello. Miraba al suelo con tal derrotismo que pensé que moriría al próximo instante.

—No le niegues la vida a otros —dijo él, mirándome—, solo porque no depende de ti.

Salí a la avenida a la espera de un taxi. Miré la casa de mi padre. Era y ya no era la misma. Algo brillaba distinto, pero sin gran relieve, como debían brillar las cosas que no alcanzan su plenitud. Algo que podría ser el futuro, la memoria de lo que no fue, de lo que no tuvo ni tendrá lugar.

—Quiere devolvértelo —le dije a mi madre apenas llegué—. Necesita que se quede contigo.

—No lo quiero —repuso ella—. No quiero nada que venga de él. ¿Oíste bien? Nada que venga de él.

Mi madre descubrió la jaula y se llevó la boca a la mano. Me miró con una quietud desconcertante y movió el índice para que mirase lo que ella acababa de mirar. El loro se balanceaba sobre la superficie, la cabeza y pecho heridos, las alas atrancadas a los barrotes.

Se hacía de noche y la ciudad se llenaba de cosas muertas. Las primeras luces brillaban con la blanquitud de una pila de huesos. Mamá llamó al veterinario solo para escuchar en voz de otro lo que mi padre ya había dicho. Pese a esto, se negó. En su defensa, recibir la lora no solo duplicaría sus responsabilidades, sino que además atropellaría el duelo que había empezado antes de dejar a mi padre.

A la mañana siguiente, mi madre cerró las ventanas de su habitación y dejó salir al loro. Se quedó de pie, frente a él, mirando cómo el ave intentaba levantar las alas, para luego desplomarse al suelo como una fruta podrida. Escondía la cabeza en el pecho desnudo y se apartaba del mundo dentro de sí mismo. Fue a sentarse a la sala, frente a la ventana, a una hora en la que el sol le daba de frente. La luz le acentuaba la palidez de la piel. Miraba sobre sus piernas una foto vieja. El típico retrato familiar que guardan las familias para no olvidarse de sí mismas, para recordarse en el futuro lo que fueron y siguieron siendo. Mi madre la veía con desencanto, rodeando el rostro de mi padre con las yemas de los dedos, al tiempo en que se rascaba la pierna con el pie. La piel se desprendía de ella como la pintura de un edificio viejo.

Había pasado los últimos meses tratando de entender por qué se sentía orgullosa de acabar de esa forma con su matrimonio, de portar esa nueva soledad como un trofeo, algo que le recordaba a diario la fuerza, la valía, la virtud de un hecho tan digno para ella como era renunciar al amor en aras de una salvación propia.

Me senté frente a ella. Ahora sostenía el pájaro en las manos. Pasó su mano desde la cabeza hasta el lomo. El loro desplegó las alas descarnadas y soltó un chillido tan agudo que nos hirió los oídos. Ella se apuró a acariciarlo y lo bajó a sus piernas. Cuando mi madre se giró, vi que tenía una calva en el lado izquierdo de la cabeza.

—¿Lo haces porque no lo soportas? —le pregunté yo— ¿o porque no soportas la idea de que vaya a morir antes que tú?

Mi madre soltó el loro y cruzó las piernas. La derecha no paraba de temblarle.

—Con el tiempo llega la edad en la que no puedes situar el romance por encima de tu seguridad —dijo ella—. No puedes apegarte a algo que va a morir.

Se aferraba a sí misma como si fuese todo lo que tenía. Como un perro a punto de morir, se aislaba en un acto de heroísmo. Pero lo de mi madre era pura miseria y mediocridad: no pretendía ahorrarse el dolor a nadie.

—¿Por qué te casaste entonces?

—Porque lo amaba —dijo ella—. Pero llega un momento en el que el amor por el otro nos hace inútiles.

—¿Y por eso lo dejaste?

—No lo entenderías, Paula —dijo y avanzó hacia la ventana.

—Puro egoísmo.

—Como quieras —soltó ella—. Solo entiéndelo: no puedes darle al otro lo que tú ya no tienes para darle.

—¿Qué te hacía falta? —dije, molesta, mientras ella apartaba la mirada en dirección a la ventana.

—Respeto —respondió y volvió a su habitación.

A la semana siguiente, recibimos una llamada del hospital. Mi padre había muerto durante la madrugada en el aséptico cuarto de un hospital, a una hora en la que los médicos debían arrastrar sus cuerpos contra su voluntad.

Salí de mi casa en dirección a la de mi padre. Dentro, la lora estaba muerta, atrancada la cabeza entre dos barrotes. La temperatura aún no le helaba el cuerpo, su piel aún era suave. Se pondría dura como una roca en los próximos minutos.

Mi madre, fiel a su postura, se negó a ir al funeral y nunca volvió a hablar de él. Después de su muerte, mi mamá se encerró en la habitación junto al loro. Acorralada, como una bestia, vio los últimos días del ave desde la cama, hasta que una mañana lo que tanto cuidaba amaneció muerto sobre el pedazo de lámina. El ave había enflaquecido tanto que era difícil comprender cómo había llegado hasta ese punto. Se aferraba a la vida con la misma fuerza con la que mi madre sacaba a patadas de la suya a mi padre.

Ese día salió muy temprano y en silencio, cuidando cada uno de sus pasos. Llevaba aquel despojo colgado de las patas. Lo envolvió en una bolsa y lo arrojó al cesto de basura, como si lo tirase a la fosa común.

Después de aquel día, mi madre dejó la casa sin avisar. No esperó a que yo despertara. Tampoco dio las gracias. No sabía cómo hacerlo y, en todo caso, yo no las necesitaba. Trasnogada y con la vista astillada, fui a su habitación. La jaula estaba encima del taburete. Dentro de ella había dejado el retrato familiar atado al palo donde dormía el loro. La fotografía se movía según la impulsara el viento, como seguro debía moverse un péndulo. Me prometí no sacarla de allí. Necesitaba otorgarle a ese arrebató una dimensión distinta. Dejé la jaula en un lugar donde el amarillo del día se apoyara en ella todas las mañanas.

Nunca volví a ver a mi madre. Se negó durante el último año a contestar el teléfono.

Se mudó después, siguiendo aquel instinto que la arrojaba a su vorágine de desolación.

Solo nos quedaría el recuerdo, la fe los hechos. Y la constatación de lo que alguna vez fuimos: un amor que nunca sirvió de nada.

Tercer premio

No abras la puerta

por Berta Puig Velasco

En un inmenso bosque polaco, frente a un lago, una cabaña de madera. Dentro de la cabaña, una mujer joven y tres niños pequeños, de entre tres y ocho años. Los niños corren por la habitación, mientras ella recoge los platos de la cena y guarda las sobras en la nevera. Se siente sola, extranjera, en esta cabaña de madera en mitad del bosque, sin vecinos, sin teléfono y sin coche. Mira por la ventana y la negrura absoluta y fría de afuera la asusta. Solo son las siete de la tarde. En Barcelona aún es de día, piensa de pronto entristecida. Se vuelve hacia sus hijos que juegan y ríen ajenos a los oscuros pensamientos de su madre.

«Al menos aquí pueden hacer todo el ruido que quieran», se dice. La vida en este entorno salvaje les sienta bien. Los ve felices. Se suben a los árboles, se bañan en el lago, cogen ramas para encender el fuego... Todo tan diferente a lo que ella recuerda de su infancia junto al mar.

De repente, se oyen dos golpes en la puerta:

TOC, TOC.

El tiempo se detiene dentro de la cabaña. Los niños dejan de correr, se quedan inmóviles con la mirada fija en la puerta. La madre contiene la respiración y confía en que lo que acaban de oír sea solo el aire.

—No pasa nada, niños, es que hace mucho viento —dice, mientras repasa con la mirada si todas las ventanas están bien cerradas y se da cuenta con horror de que quizá olvidara cerrar la puerta con llave.

Los niños parecen conformarse con la explicación que les ha dado su madre y siguen con su juego como si nada. La mujer vuelve a la cocina, apoya las dos manos sobre la encimera y respira hondo. Está muerta de miedo. Otra vez.

Pasados unos minutos, vuelven a oírlo:

TOC, TOC, TOC.

Los niños miran asustados a su madre, que les pide con el índice en los labios que no digan nada. La mujer nota como se le hiela la piel. Maldice a su marido, que se fue hace dos días y aún no ha vuelto.

Silencio.

Cuando creen que el intruso se ha ido, suenan otra vez los golpes: TOC, TOC, TOC, TOC.

Unas llaves antiguas cuelgan de la cerradura. Esto tranquiliza un poco a la joven madre, pues significa que recordó cerrar la puerta con llave. De repente, se da cuenta de que hay luz dentro de la casa y de que sea quien sea quien esté fuera sabe que están dentro. Seguramente lleva ya rato observándolos desde la oscuridad.

—*Kto to jest?* —grita la mujer, que se ha acercado a la puerta e intenta disimular que le tiemblan las piernas.

No hay respuesta.

—*Kto to jest?* —repite el hijo mayor imitando el tono de voz de su madre. TOC, TOC, TOC.

La madre se arma de valor, confirma que la puerta está bien cerrada, apaga la luz y desde un ángulo de la ventana mira quién está al otro lado de la puerta. No hay nadie.

Sin embargo, de nuevo se oyen los golpes:

TOC, TOC, TOC.

Esta vez suenan suplicantes, desesperados incluso.

Tiene que haber algo ahí afuera, el sonido es real, los cuatro lo han oído. La mujer se vuelve y enciende la luz. El hijo mediano tiene un palo en la mano. Hay desafío en su mirada. La madre entra en la cocina, coge el cuchillo con el que hace poco cortaba las verduras y lo empuña con las dos manos. Ahora se siente más segura. Es una mujer adulta y sabrá proteger a sus hijos.

Cuando el hijo menor ve a su madre empuñando el cuchillo se pone a llorar. Sus hermanos se acercan a él y lo apartan de la puerta.

Ahora la mujer se siente poderosa. Ve confianza en los ojos de sus hijos. No necesita a su marido para salvar la situación.

—*Kto to jest?* —pregunta en tono amenazante con el cuchillo colgando de su mano derecha.

Silencio.

—Corre a buscar la linterna — le dice al hijo mediano.

—Cuando yo te diga, apaga la luz —le dice al mayor.

La madre deja el cuchillo un momento sobre la mesa y coge al más pequeño en brazos.

—Tranquilo —le dice con voz calmada—, nadie puede entrar si no le abrimos la puerta. Le acaricia la cabeza y en ese momento, vete a saber por qué, piensa que le conviene un corte de pelo. Observa su reflejo en el cristal de la ventana. ¿Cuándo fue la última vez que fue a la peluquería?

El niño afirma con la cabeza y esconde la cara en el cuello de su madre. Llega el mediano con la linterna y la mujer da la orden de apagar la luz.

De repente, se oye un sonido diferente, como un gemido. La mujer se acerca a la ventana delantera y enfoca con la linterna el porche de la cabaña. Algo se mueve ahí afuera, de eso está segura. No se ve nada al otro lado de la puerta. Deja al niño en el suelo y vuelve a coger el cuchillo.

TOC, TOC.

Los golpes tienen menos fuerza. El intruso ha perdido la confianza en que le abran la puerta. Nadie se mueve dentro de la cabaña. Los niños esperan que su madre les diga lo que tienen que hacer.

Pasan así unos minutos. Ahora pueden oír el viento que hace crujir las contraventanas y el crepitar del fuego que les recuerda que están en casa, a salvo.

—¿Qué hacemos? —pregunta la madre—. ¿Abro la puerta?

—¡No! —gritan los tres niños.

La mujer se tranquiliza un poco. Están en mitad del bosque y lo más probable es que haya un animal golpeando la puerta de madera. «Será un perro perdido, o un gato, a lo mejor un zorro» se dice. Sus hijos están aterrorizados. Por su culpa. El pequeño tiene el puño del jersey en la boca, se esconde detrás del mediano que aún sujeta el tronco en la mano. El mayor la mira y parece muy consciente de lo que está pasando.

La madre abre la ventana y saca la cabeza. La humedad de la noche le da de lleno en la cara. Cierra con un golpe seco. Sus hijos la interrogan con la mirada.

—Tranquilos, era un gato. Ya se ha ido. Vaya susto que nos ha dado. Venga, niños, vamos a ver una peli.

Tiene que hacer un gran esfuerzo para que su voz suene tranquila y su explicación creíble.

—Mamá, ¿estás segura? —pregunta el hijo mayor que ha cogido la linterna y con la cara pegada al cristal repasa todo el jardín.

Los otros dos niños se han sentado en el sofá y se han tapado con una manta.

—Mama, ven —grita el pequeño—, siéntate a mi lado.

La madre se acerca y, sin que se den cuenta ni del gesto ni del temblor de sus manos, esconde el cuchillo debajo de un cojín.

Ya están los cuatro sentados en el sofá. Empieza a caer una lluvia fina. La mujer tiene ganas de tomarse una copa de vino y de olvidarse de todo. No puede, tiene la cabeza del pequeño apoyada en sus rodillas. «No aguanto ni un día más en esta cabaña», se dice, y se permite por unos segundos cerrar los ojos.

El hijo menor no tarda en quedarse dormido. Los mayores siguen mirando la tele. Han visto la misma película cientos de veces, pero no parece importarles. La madre se pregunta en qué estarán pensando. Recuerda un día, cuando era muy pequeña, en que llamaron a la puerta cuando ella estaba sola en casa, su madre había bajado un momento a comprar. Había cometido el error de encender la luz del recibidor y la persona que estaba al otro lado de la puerta sabía que había alguien en casa, por eso no dejó de insistir y pedir que le abrieran la puerta. Ella no abrió, se acurrucó en el suelo y empezó a contar en voz baja, convencida de que antes de llegar a cien su madre habría vuelto.

—¿En qué piensas, mamá? —pregunta el hijo mayor que se ha vuelto hacia ella y la interpela con la mirada.

—En nada, cariño, es que estoy muy cansada.

La mujer se levanta y va por fin a la cocina a servirse la copa de vino. Los niños la siguen con la mirada. Coge el móvil y marca el número de su marido, aunque sabe que en esta cabaña de madera en mitad del bosque no hay cobertura.